

Deseo, peligro: reflexiones modernas en torno a la rebelión y el sometimiento

Vicente Raga Rosaleny

Departament de Filosofia, Facultat de Filosofia i CC. EE., Universitat de València,
vicente.raga@uv.es

Cuando era niño sentía una atracción irresistible por la figura paterna que encarnaban los maestros de mi escuela, especialmente el temible anciano de las nueve de la mañana. Esta fijación era cuestionable, porque mi padre fue toda su vida profesor de básica, pero no podía evitarla, como tampoco los demás compañeros. Levantaba la mano para preguntarle, no importaba qué, día sí y al otro también, solo para que se fijase en mí, porque deseaba, más que nada, que de verdad me quisiera. No obstante, pese a sentir un afecto irrepresible, mis ansias de identificación se estrellaban contra el muro de miradas fríamente irónicas y chanzas del maestro a costa del interrogante que aventuradamente había formulado para la ocasión. Me negaba a aceptar que el profesor tuviera querencia para con los demás, pero no para mí, y más todavía porque ese en concreto era el típico docente que todos admiraban, aunque recurrentes experiencias parecían confirmar mi nada halagüeña conclusión.

Más tarde me di cuenta de que las bromas, sátiras encendidas o salidas de tono cómicas eran democráticamente distribuidas por el profesor en el salón. En realidad, todos queríamos gozar de su atención y él, que era muy consciente de ello, jugaba con nuestros afectos, ofreciendo a veces una muestra de cariño, una limosna afectiva, y otras vertiendo sobre el más desprevenido un jarro de agua fría. Quizá por eso lo queríamos tanto y nos llevaba de la mano en sus clases, que pasaban como una exhalación sin que nadie se despistase charlando con el compañero de al lado. No obstante, aún hoy en día siento que recibía, más que otros, inmerecidas críticas o chascarrillos, siempre con aérea gracia para dar en el blanco de mis pequeñas faltas o errores. Era el tirano de la escuela y nosotros sus fieles súbditos,

quizá yo más que nadie, sometidos a sus dictámenes y valoraciones.

Algo semejante puede observarse en la famosa película de Quentin Tarantino, *Django Desencadenado* (2012), claro que modificando ampliamente las circunstancias particulares y trasladándonos en el tiempo a bordo del mágico tren cinematográfico. El film de Tarantino sitúa al espectador en un poco ejemplar Western, donde la esclavitud está a la orden del día y un improbable héroe hace lo indecible por rebelarse contra la tiranía del Uno, dueño perverso de una magnífica y decadente finca sureña (así como indecente propietario de la pareja del protagonista). La historia es quizá bien conocida, y también el acento que el director pone, no tanto en la violencia gratuita, habitual en sus películas, como en el origen de la servidumbre. Igual que en mi ejemplo escolar, aunque revistiendo mucha mayor gravedad, el relato audiovisual nos transmite que son algunos esclavos, bien situados en el entorno del amo de la plantación, los que perpetúan y refuerzan la situación de sometimiento de una mayoría que quizá podría rebelarse y terminar de manera violenta con la cruel esclavitud.

Ciertamente Monsieur Calvin J. Candie, el voluble y violento terrateniente, da cuenta del dócil sometimiento de su mayordomo o esclavo de confianza, Stephen, así como de su antecesor en el cargo, por cuenta de una justificación racista. No obstante, aunque no compartamos, como no lo hace el rebelde protagonista y sus acompañantes, los pseudo-argumentos del esclavista, queda en el aire la pregunta de por qué un grupo nutrido de personas se deja manipular y se somete al dominio de uno solo, o de un pequeño número de sujetos, que bien podrían ser fulminados si,

en lugar de contar con la necesaria colaboración de algunas de las personas reducidas a servidumbre, se coordinasen estas últimas con los demás esclavos para llevar a cabo una revuelta. El film no responde a dicho interrogante, pero deja la inquietud planteada. Lo mismo que, creo, la genera mi ejemplo infantil, pues nadie tendría por qué cooperar activamente, ni desear identificarse de ese modo con quien ejerce siquiera sea un dominio en clave menor (esté o no justificado pedagógicamente a la hora de manejar así a un grupo de inquietos escolares).

El origen de estas atribuladas reflexiones, explícitamente en el caso de *Django*, implícitamente en mi caso personal, es la obra de juventud de un autor del Renacimiento francés, Étienne de La Boétie (1530-1563), en concreto, su reconocido *Discurso de la servidumbre voluntaria*. Si bien es cierto que resulta difícil hablar en Humanidades del inicio de una idea, del arranque de una cadena textual, sin duda La Boétie fue uno de los primeros en formular una atrevida reflexión que ha gozado de gran fortuna, con ecos que resuenan hasta nuestros días en la filosofía política contemporánea. Pero, ¿quién era Étienne de La Boétie? Nacido en Sarlat, en el suroeste francés, La Boétie fue miembro de una de esas familias de la entonces nueva nobleza de toga que cobraron relevancia como miembros de la administración, gracias al impulso de unas monarquías cada vez más tendentes al absolutismo y a la centralización del Estado, y que trataban de dejar atrás la fragmentación feudal y la preponderancia de los nobles de rancio abolengo, respaldados por sus éxitos militares.

A esos vientos de cambio, y al ascenso de los burgueses gentilhombres, se sumaban las convulsiones religiosas, fruto del cisma de Lutero, que en el caso francés se enconaron en un conflicto abierto entre católicos y hugonotes, alimentado por las tensiones políticas del momento entre las diversas potencias de Europa. Ahí se ubicaría el joven La Boétie, destinado por sus lazos familiares a seguir una carrera jurídico-política en el parlamento regional de Burdeos. Rápidamente reconocido, tanto por sus capacidades oratorias como por su posición conciliadora, este quedó encargado de buscar, como tantos otros, una salida diplomática al conflicto interno. Ahora sabemos que tales esfuerzos fueron en vano, pues culminaron en 1572 con la Masacre de San Bartolomé, una matanza de hugonotes a manos de intolerantes católicos, acompañada antes y después

de innumerables enfrentamientos bélicos en el seno de una Francia realmente dividida, y en el marco de una Europa que no lo estaba menos.

No obstante, si el único texto salido de la pluma de La Boétie hubiera sido su *Memoria sobre el edicto de enero* de 1562, poco anterior a su temprana muerte al año siguiente, difícilmente su obra hubiese pasado a la posteridad. En este opúsculo proponía una inútil solución de compromiso al conflicto religioso, invitando al retorno de los rebeldes a un redil católico reformado, que tuviese en cuenta las reclamaciones de los protestantes. Sería, no obstante, otro panfleto el que le otorgó un reconocimiento duradero entre los lectores cercanos y distantes en el tiempo. Escrito en este caso con ocasión de una revuelta popular contra los impuestos en la región que tuvo lugar en 1548, el *Discurso de la servidumbre voluntaria*, habría sido el fruto temprano y más destacado de un jovencísimo La Boétie. Contando apenas dieciocho años, el autor entretendió un sucinto texto de corte más teórico que le hizo conocido y amigo, entre otros, del famoso Michel de Montaigne, padre del género ensayístico moderno.

Sería este último el que, tras el deceso por disentería de La Boétie a los treinta y tres años, trató de preservar sus escasos textos del olvido, primero mediante una edición de sus poemas y fragmentos, luego con la idea de consagrar un lugar central al *Discurso* en sus recién iniciados *Ensayos* (cuya primera edición data de 1580, aunque habría empezado a componerlos a partir de 1572). No es que concretamente ese último texto fuese completamente desconocido, pues desde el primer momento circuló como manuscrito y terminaron apropiándose los críticos de la monarquía francesa, hugonotes y calvinistas. De hecho, una de las consecuencias de esta primera interpretación, que entendió el texto como radicalmente crítico con la autoridad establecida, fue la de que el prudente y diplomático Montaigne terminase renunciando al proyecto inicial de incluir el *Discurso* al interior de su propio libro, dejando vacío el túmulo textual de los *Ensayos*, supuestamente consagrados a la memoria del amigo perdido.

Diversas han sido desde entonces las lecturas que ha merecido el texto de La Boétie, incidiendo la mayoría en ese carácter rebelde, y en cierta medida proto-democrático, del *Discurso*. Así, en los últimos tiempos, de Simone Weil a Claude Lefort, todos sus intérpretes han insistido en el fascinante enigma del título de la breve obra,



¹ Véase, entre otros muchos textos, Montaigne, *Los ensayos*, vol. 1, cap. 3; y también Descartes a Chanut en una carta del 6 de junio de 1647.

² Por ejemplo, en Étienne de La Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*, (Madrid: 2008, Trotta), 52, donde el autor indica que "Es sabido que algunas bestias mueren tan pronto como son apresadas".

³ *Ibid.*, 46.

⁴ *Ibid.*, 72.

pues por definición parece la servidumbre ser algo impuesto, y la voluntad su estricto antónimo: el siervo padece dicha condición, mientras que la libertad sería el don de nuestra voluntad soberana, o al menos de ese modo se ha venido entendiendo desde los inicios de la Modernidad en Occidente. Pero el origen de esta aparente paradoja, aunque no se haga patente si nos quedamos en los estrictos límites del *Discurso*, se revela cuando ampliamos un poco más la perspectiva y atendemos a un rasgo común al pensamiento de diversos autores prácticamente coetáneos del pensador de Sarlat (como Montaigne o Descartes).

Para los filósofos mencionados se entiende que existe una Naturaleza, humana y general, cuyo artífice sería Dios, pero que no nos resulta comprensible, o que en sus designios últimos se nos escapa¹. La consecuencia de todo ello es, por una parte, una suerte de modestia epistémica, evidente incluso en Descartes, y, por otra, en el caso de Montaigne, que en la naturaleza humana, o en la general, se alberguen innumerables posibilidades. Al desconocer los mecanismos o causas que operan tanto en lo profundo de nuestro ser como en el ser de las cosas, no hay forma de limitar los efectos que pueden seguirse (decir lo contrario sería equipararse soberbiamente a Dios, al postular un conocimiento perfecto de su voluntad). De ahí se sigue que, de acuerdo con La Boétie, de nuestra naturaleza pueda derivarse tanto un irrenunciable instinto de libertad, presente también en los animales², como un impulso a abandonarnos en manos del primer tirano que nos seduzca con su grácil verbo.

Pero, ¿por qué tanta fascinación con el nombre de Uno?³ ¿Qué suerte de encantamiento ejercen sobre nosotros tiranos y tiranuelos de todo pelaje para que queramos identificarnos con ellos? Sin duda, los líderes han gozado históricamente de innumerables recursos simbólicos que les permiten asentar su dominio, por inestable que fuese inicialmente su plaza. Pero el análisis de La Boétie se introduce por debajo de esta constatación superficial, epidérmica, *intus et in cute* (Persio, *Sátiras*, 3, 30), hasta desvelar la posible raíz antropológica de nuestra innegable dependencia.

Hay un deseo primigenio en el ser humano, el anhelo de una identidad aparentemente perdida o escindida, tanto en relación con el propio individuo, disgregado, contradictorio, incoherente, como en referencia a una comunidad imaginada ideal, a la que consciente o inconscientemente se aspira, y en la que quedarían canceladas todas las diferencias, divergencias y fracturas de las sociedades en que vivimos.

En ese sentido, siguiendo la perspicaz lectura de La Boétie, a la identificación con el nombre del soberano se suma una desvinculación comunicativa con los otros, pares reales del sujeto encantado y activo colaborador de su propia servidumbre. La unión buscada se logra al precio del silencio y el aislamiento, con todas las voces sometidas a la del amo o todas las cabezas del pueblo encima de un solo cuello. Adicionalmente, como una estrategia de refuerzo, los ahora dominados compartirán ilusoriamente un fragmento más o menos grande del poder absoluto del yo supremo. Jerárquicamente distribuidos, los nuevos esclavos ejercen un control vicario sobre otros siervos, situados por debajo de ellos en la escala del favor tiránico. La erótica del poder y el miedo a perder lo obtenido (que es polvo, sombra y nada, pues todo le pertenece al Tirano Banderas de turno), dan cuenta de la fuerza de nuestros barrotes, los de la invisible jaula de hierro en la que tantos hemos caído en una ocasión u otra (y que históricamente han padecido de manera duradera otros individuos bastante más desafortunados).

Si la lectura de la soberanía avanzada por La Boétie en su breve obra llegase hasta aquí esto sería suficiente como para garantizarle un lugar en la historia de las ideas, pero su propuesta aun es más arriesgada y, en cierta medida, profunda. De acuerdo, con el autor del *Discurso*, donde está el peligro, crece también la salvación, y la misma fuente del deseo, idéntico origen lingüístico del embrujo tiránico, explican la posibilidad de la rebelión. Es nuevamente la enigmática naturaleza humana, sede de nuestro instinto de libertad, la que origina el impulso en pos de una comunicación genuina, aquella con la que se construyen los lazos de la amistad verdadera (como

la que caracterizaría el vínculo entre La Boétie y Montaigne). Y esa cosa tan santa⁴, ese nombre sagrado de la amistad, que no debe mencionarse en vano, es el que posibilita desatar la resistencia fructífera contra todo dominio inadecuado e ilegítimo, al reunir nuevamente a los seres humanos y desafiar cualquier falsa jerarquía.

Es cierto que La Boétie no es completamente nuestro contemporáneo, pues para él tales lazos fraternos solo se dan entre unos pocos escogidos, a los que la costumbre tiránica no ha hecho olvidar el anhelo natural de libertad. Pero el innegable elitismo del autor del *Discurso* se desvanece ante la fuerza y originalidad de sus análisis. Vale la pena comparar su interpretación de la soberanía con la que dieron los clásicos políticos de la Modernidad temprana, como entre otros Hobbes, con su justificación del sometimiento de los ciudadanos al poder y su anhelo de identificación unitaria como insatisfactoria solución a los retos que planteaban las divisiones de los múltiples conflictos religiosos del momento. Y, sin duda, la alternativa de Locke, por ejemplo, resulta mucho más limitada que la de Étienne de La Boétie a la hora de reconocer el derecho de rebelión de los ciudadanos ante un mal gobierno.

En suma, cabe reivindicar el *Discurso de la servidumbre voluntaria* como un texto político que fue importante en el momento de su elaboración, pero, aún más, como una obra cuyas reflexiones iluminan todavía nuestro tiempo al advertir del peligro que supone cualquier ilusoria nostalgia de los orígenes. En estos tiempos inciertos, el deseo de recuperar la unidad perdida alimenta la división entre nosotros y ellos, la dialéctica amigo-enemigo y, en última instancia, el surgimiento de pequeños o grandes tiranos, como mi querido profesor de primaria, o el detestable esclavista de *Django desencadenado*. La Boétie nos enseña a resistir la voluntad de servir a cambio de una dictatorial sonrisa mediante el cultivo de amistades genuinas que susciten y alimenten nuestra irrenunciable rebeldía. ■

RESISTIR NO ES AGUANTAR



EN LA ORGANIZACIÓN CREAMOS AUTONOMÍA

@ xilotropico_

